

“Adioses Inclínados”

No gotean más adioses-monedas
porque las planchas están tendidas
y a los adiós les gusta resbalar
jugando al tobogán.
Las cabezas inclinadas (“La voz del Amo”)
saludan la llegar.

Los viajeros son estorbo para las gasas
que tienen ganas de volar.

Y los barcos cachorros de leones,
con muchas ganas de dormirar.

Los puertos tienen tibieza en las aguas,
y tibieza en el aire, grata de respirar;
Los puertos son como plazuelas en las aguas
donde los barcos se allegan para conversar.

Para decirse esas cosas que hay que decirse
tras mucho tiempo de caminar.

Mi alma va a los puertos,
novedosa gaviota,
planea sobre las naves
pidiendo para ellas la clemencia del mar.

Ya no caen más adiós del árbol del navío.
los más maduros, con las oscilaciones,
se acaban de derrumbar.

“Cuatro marineros mascan la niebla”

En los fosos del cielo,
caídos de la estrella de un farol,
cuatro marineros,
-cuatro tremendos marineros-
cuatro marineros
cortan tajadas de niebla, con los hombres
y la mascan con las mandíbulas del paso acelerado.

Van a embarcarse
Las mujeres han cercado de niebla
las escalerillas de los embarcaderos.
¡Que no se vayan los marineros de la ciudad!
La niebla-sirena de tierra y de mar-
quiere engañar
a los que van a navegar.

Cuatro marineros, apurados,
van mascando la niebla
con las mandíbulas de unos pasos desmesurados

AMANECER

No es porque esta nube me afine más el alba;
ni porque aquel balido me disipe los cielos.
Está en el cacareo del gallo que martilla en las luces
de la clara herrería toda llena de negro.

Pausadamente, un carro desacongoja el eje
con la esperanza en línea de una pronta llegada.
Y corrigen su plana de palotes las luces
caídas de la estrella que marchó rezagada.

Trabajador del alba, camina el día a pasos
pausados por la línea del casco de los cielos.
Manchado, el campo corre a su encuentro.
Efusión de llegada. Con humo de las fábricas,
sobre alargados tubos, van haciéndose las manos:
saludo para los primeros aviones.

ANOCHECER

Los árboles, maneados, ya no pueden moverse.
La sombra los amarra para enfundarlos luego
en el azul espeso del negro que ven todos.
Empiezan a encenderse las luces.
La ciudad, en cuclillas, bajo los faroles
espera, con paciencia de gato, el sol para cazarlo.
Las luces hacen vela, salpicando las estrellas:
cernidor luminoso para colar la obscuridad.

Y el cielo se desgaja en colores tranquilos.
Solo en lo hondo, a ras del suelo, el negro
se calienta en lo obscuro y se aterciopela.
La ciudad está desierta. Desde los extramuros
se ve cómo las luces se apiñan en el centro
y toman por asalto las torres para leer los avisos.

Alfredo Mario FERREIRO